



LOS CONSTITUYENTES.

GRAN ROMANCE

DE LOS CONSTITUYENTES.

Como llamas invisibles,
Como corrientes fantásticas,
Con inquietud misteriosa
Sin apariencia y sin causa,
En los aires se sentía
La agitación de las almas;
Se alzaban cual torbellino
Ya temores, ya esperanzas,
En ciudades populosas
Y en solitarias cabañas.
Los unos en son de guerra
De destrucción y matanza;
Los otros himnos cantando
De ardiente amor á la patria.
Y era que el sabio congreso
Que Ayutla engendró, se alzaba
Rompiendo con el pasado
De oscurantismo y de infamia.
Los derechos de los hombres
Valientes reivindicaban;
Y los abusos heridos,
Se abalanzaban con rabia
Donde los constituyentes
Con elocuentes palabras
Los ámbitos del Progreso
En luz divina inundaban.
Era como si en un pozo
De emanaciones malsanas,
La putrefacción matando
Y aniquilando los miasmas,

Con ímpetu sus corrientes
 Los ríos precipitaran.
 Era en la fecunda tierra
 Que sus jugos agotaban,
 O las ponzoñosas yerbas,
 O las ruines alimañas
 Y que de pronto el incendio
 Batiendo airado sus alas
 Barría con la maleza
 Y entre sus restos dejaba
 Para la mies abundante
 La heredad aparejada.
 Eran de las libertades
 Del hombre las vivas ráfagas,
 Alas dando á la conciencia:
 Al trabajo prez y gala:
 Al comercio curso franco:
 A la ciencia honor y palmas,
 Y del altar colocando
 En las consagradas aras,
 Con sincero acatamiento
 En lugar de un Dios de farsa,
 Al dios del bien: á Dios santo
 Que nos alienta y nos ama.
 Y ese grupo de titanes
 A los que el pueblo confiaba
 La nave de sus destinos
 En la deshecha borrasca;
 No eran del saber lumbreras
 Ni la riqueza ensalzaba,
 Ni entre sus altas potencias
 Colocó la aristocracia.
 Eran letrados oscuros
 Sin altos nombres, ni fama
 O ya estudiantes que apenas
 Abandonaban las aulas
 O que célebres se hicieron
 En las recientes batallas,
 Llevando de los talleres
 O el escritorio, las marcas,
 Sin ostentar gran bigote,
 Ni ceñir terrible espada;
 Pero ese grupo, abogado
 Del bien y de la *canalla*
 Tuvo el pensamiento excelso

De hacer pueblo y de dar patria
 A los colonos abyectos
 Que gemían en las garras
 De avaros conquistadores
 Y clases privilegiadas.
 Y tú, Arriaga, concordaste
 De sus derechos la pauta
 De nuestros males intensos
 En las destructoras llagas;
 Viendo estoy tu frente erguida,
 Oigo tu viril palabra,
 Tu noble actitud de Apóstol,
 Tu mirar que avasallaba;
 Admirando estoy á ese hombre
 Modelo de la constancia,
 Imperturbable, impasible
 Como el destino, era Mata;
 Siempre de pie y en la brecha
 Sin que la vista apartara
 Un punto de la grande obra
 A su celo encomendada.
 Moreno tersa la frente
 Sin arrugas y sin manchas,
 El ojo negro y hundido
 Que á veces relampagueaba;
 Era su voz como acero
 Que la roca triturara,
 Tenaz como una corriente
 Que choca, carcome, arranca
 Las peñas envejecidas
 Que la corriente embarazan.
 Ni los insultos le hieren,
 Ni los elogios le halagan;
 Era diligente abeja
 Que su panal fabricaba
 Sin que su vuelo torciera
 Ni el vivo sol ni la escarcha.
 Allí de Ignacio Ramírez
 Cada palabra cruzaba
 Cual proyectil luminoso
 Derribando con su audacia
 Los ídolos y columnas
 A la iniquidad alzadas,
 Y de famosos bandidos
 De casaca y de sotana

Haciendo desprecio y polvo
 Las fementidas estatuas.
 ¿Y quién es ese encorvado
 Que audaz la tribuna asalta,
 Frente exigua, ojo pequeño,
 Débil cuello, nariz larga
 Y voz que corriendo fácil
 Cobraba el tono de charla
 De do brillante elocuencia
 De pronto se levantaba?
 Al proclamar los principios
 Con que los pueblos se salvan
 Familia, fortuna, afectos
 A su deber inmolaba.
 Ese enclenque es Pancho Zarco,
 Ese mozuelo sin barba
 Pero atleta poderoso
 Con su verba y con su sátira;
 En el decir, volteriano,
 Escribiendo, Fuente ó Larra.
 ¿Cómo pintar de los otros
 Las virtudes extremadas?
 ¿Ni de los mismos contrarios
 El saber y dotes altas?
 ¿Quién del taciturno Olvera
 Pintar la honda perspicacia,
 De Fernández la firmeza
 O de Mariscal la gracia?
 ¿Quién, cuando mi torpe pluma
 A enumerarlos no alcanza?
 Las galerías rugientes
 En explosiones volcánicas
 Donde tronaba la injuria
 Entre aplausos y palmadas.
 Los de Comonfort retraídos,
 Los *mochos* con furia y ansias,
 Y el presente y el pasado
 En descomunal batalla
 Aniquilando maldades
 Y prometiando esperanzas;
 Porque el conjunto adorable
 Por su amor por nuestra patria
 Ni uno sólo de esos hombres
 Abrigó miras bastardas
 Ni especuló ni hizo esfuerzos

Que no fueran por la patria.
 ¡Gloria á los Constituyentes,
 ¡Gloria á México reclama
 A los ínclitos varones
 Que con su fe sacrosanta
 Consagraron los derechos
 De la Nación Mexicana!

Junio 9 de 1896.

GRAN ROMANCE

DE RECIOS TOPETONES

ENTRE "MOEBOS" Y ENDEMONIADOS.

CON CAUSA Y MOTIVO

DEL ARTICULO 15 DE LA CONSTITUCION.

Como en los recios encuentros
 Que en las edades pasadas
 Efectuaban los guerreros
 Cubiertos de todas armas
 Combatiendo enfurecidos
 Por su dios y por su dama;
 Con la armadura de hierro,
 La visera levantada,
 El mote dándose al viento
 En la ponderosa lanza;
 Así en la liza se vieron
 En furibunda batalla
 Los dos bandos que el imperio
 Disputaban de la Patria,
 Unos tras el parapeto
 De la religión sagrada
 Para recoger tomínes
 Cloroformando las almas,
 Los otros reivindicando
 A Dios del lucro y la farsa,
 Derribando las barreras
 De la intriga y la cabala
 Para restituir al hombre
 La libertad proclamada
 En la cima del Calvario
 Sobre la cruz sacrosanta.
 Así se miró al Congreso

En la conspicua mañana
 Del 29 de Julio
 En la Historia registrada;
 Y era el siguiente problema
 La causa de la batalla:
*¿Se puede imponer al hombre
 Para la conciencia trabas?
 ¿Pueden obligar las leyes
 A la sociedad humana
 A que sólo á Dios contemple
 Según les viniere en ganas
 A los bravos de tres picos
 Y á los de mitra ó de tiara?
 Y allí fué Troya; estallaron
 Las pasiones enconadas,
 Y desde el hogar saltando
 A las calles y las plazas,
 Eran aljabas los ojos,
 Proyectiles las palabras,
 Templos, palacios y chozas
 Cercaba la intolerancia,
 Y en la atmósfera volaron
 De odio y de venganza miasmas.
 Iniciaron el combate
 Bravos, Castañeda y Mata,
 El uno, anciano apacible,
 Grueso cuerpo, larga talla,
 De cierto candor campestre
 Su simpática palabra;
 El otro, austero, incisivo,
 Como quien blande una maza
 Los golpes que se le asestan
 Con intrepidez repara.*

Llega en su auxilio Gamboa,
 Castillo Velasco llega,
 Y Zarco arrojando llamas
 Enardece la contienda;
 El concurso dividido
 En bandos, grita, blasfema,
 Se retuerce en sus asientos,
 De pie ruge ó palmorea,
 Ya aparece la victoria

Con la liberal bandera;
 Pero se alza formidable
 El letrado Arizcorreta,
 Blanco, de noble semblante
 Y de potente elocuencia,
 De marfil la dentadura
 Y con sus cultas maneras:
 "Dios combate con nosotros,
 "Dios nuestras fuerzas sustenta,
 "Es al Dios de nuestros padres
 "El Dios á quien se hace guerra."
 Y de serviles rabiosos
 Los alaridos retruenan,
 Poblando entonces el aire
 Como granizada recia,
 Mil listones de colores
 Que dicen con grandes letras:
*¡Guerra y muerte á los herejes,
 Que malditos de Dios sean,
 No queremos tolerancia!*
 Y otros: *¡triunfe la conciencia,
 Que tiemblen los sacristanes
 Y la canalla frailesca!*
 Y surge Díaz González,
 Moreno, de talla esbelta,
 De ojos grandes y expresivos,
 De voz ronca, barba negra,
 Y los *mochos* abatidos
 Con él sus fuerzas renuevan.
 En lo recio del tumulto
 De la empeñada refriega,
 Ponciano Arriaga aparece
 Como formidable atleta,
 Grande frente, ojos pequeños,
 Tez con rastros de viruelas,
 Largo cabello su calva
 Cubriendo mezquino apenas,
 Era *lábarum*, fe viva,
 Era el formidable atleta
 Que á los tiranos abate
 Y los monstruos encadena;
 Y como sol refulgente
 Que arrolla la débil niebla,
 Y como viento potente
 Que avienta las hojas secas,

Aparece irresistible
 En la disputada brecha.
 De Comonfort los ministros
 Dan lisonjeras promesas,
 Y algo ocultan que las almas
 Desencaminan é inquietan.
 Lafragua su bulto esconde
 Detrás de las conveniencias,
 Rosa lacónico lanza
 Evasivas circunspectas,
 Y Montes, que era gigante
 Al saltar á la palestra,
 Elude, emplaza, y los tiempos
 De las Reformas aleja;
 Brotan do quier desconfianzas,
 Aparecen sombras negras
 Que de traición tienen formas,
 Y odios y celos engendran,
 Y al fin la lucha se emplaza
 Sin que se viese resuelta,
 Quedando los adalides
 En sus puestos con firmeza,
 Esperando decididos
 A renovar la pelea;
 Pero la luz del Progreso
 Reverberaba suprema
 Y como un sol alumbraba
 La libertad de conciencia
 Entre las ruinas odiosas
 De esa hipócrita caterva,
 Que tras de la cruz se escuda
 Haciendo diablura y media.